

## CAPITULO II

### Enjuiciamientos populares

Ningún poder inspira confianza.—No hay confianza en el poder judicial.—Club breótn.—Abogados, basoche (1).—Danton y Camilo Desmoulins.—Barbarie de las leyes y suplicios.—Juicio en el Palais-Royal.—La Grève y el hambre.—Muerte de Foulon y de Berthier, 22 de Julio de 1789.

La realeza quedó sola. Los privilegios se desterraron ó se sometieron, declarando que votarían en la Asamblea nacional, aumentando la mayoría. Solitaria y descubierta, la realeza aparece tal como en el fondo era desde hacía mucho tiempo; la nada.

Y esta nada había sido precisamente la vieja fe de Francia, y esta fe perdida ocasionaba ahora su desconfianza, su incredulidad, haciendo á la nación prodigiosamente suspicaz é inquieta. Haber creído, haber amado, haber sido y encontrarse después de un siglo siempre engañada en este amor, es sobrado desencanto para no creer jamás en nada.

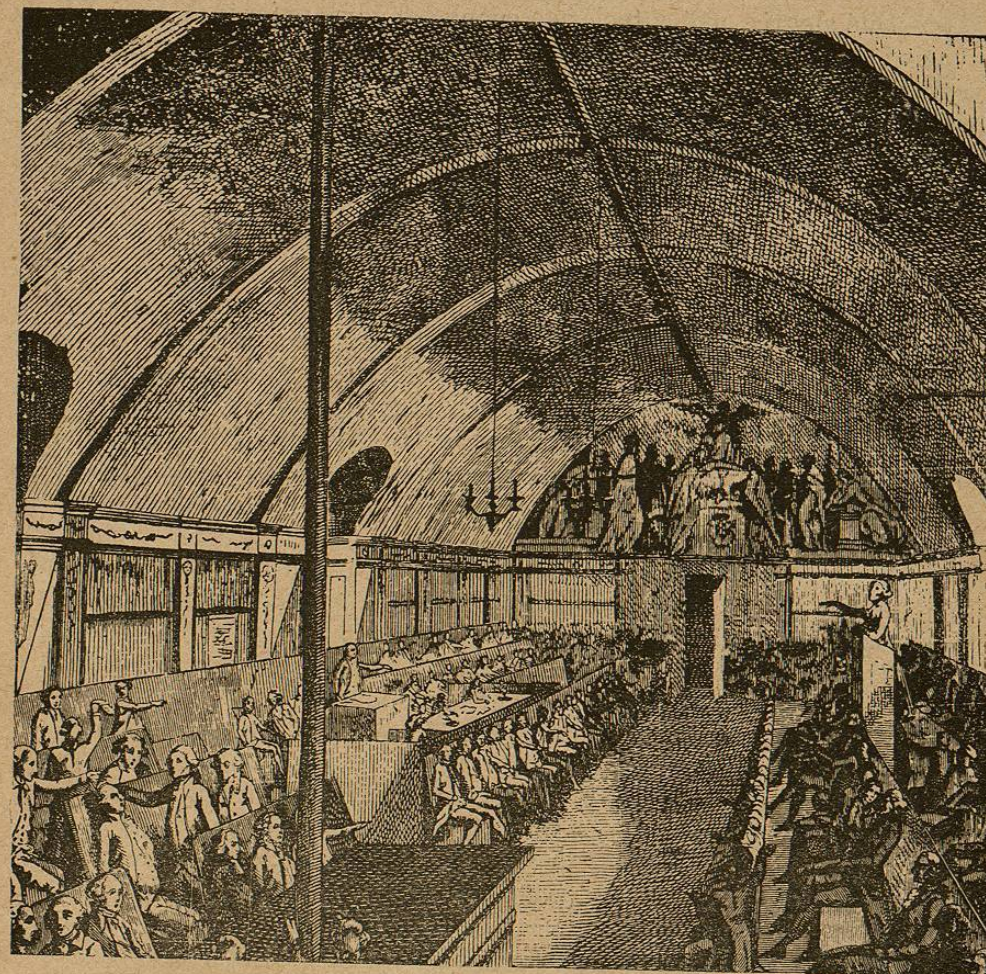
¿Entre tanto, dónde estará la fe?... Se sufre en este punto un sentimiento de soledad y de terror, como Luis XVI mismo lo soporta en el fondo de su palacio desierto... La fe no residirá más en ningún poder mortal.

El poder legislativo mismo, aquella Asamblea tan querida por Francia, tiene la desgracia de haber absorbido á sus enemigos, quinientos ó seiscientos nobles y sacerdotes, encerrándolos en su seno. Otro mal; ha vencido demasiado, va á ser la autoridad, el gobierno, el rey... Y todo rey es imposible.

El poder electoral, que del mismo modo se encuentra obligado á convertirse en gobierno, muere en pocos días; lo comprende así y ruega á los distritos que le creen sucesor. Frente á la Bastilla tiembla, duda.

(1) BASOCHE.—Cuando los reyes de Francia habitaban el palacio de Justicia, que se llamaba siempre Palais-Royal, los pasantes del Parlamento formaban una asociación, un organismo conocido con el nombre de *basoche*. Elegían un rey que tenía su corte, sus maceros y hacía justicia dos veces por semana. La *basoche* presidía las diversiones públicas, daba representaciones teatrales. Anualmente el rey de la *basoche* pasaba revista á sus súbditos, á una de las cuales asistió Francisco I. Enrique III suprimió el título de rey de la *basoche*. (Nota del traductor.)

¿Gentes de poca fe... Pérfidos? No. Aquella burguesía del 89, amamantada en el gran siglo de la filosofía, era ciertamente menos egoísta que la nuestra. Era vacilante, incierta, ahita de principios, tímida en su aplicación; ¡había servido tanto tiempo!



EL CLUB DE LOS JACOBINOS EN SUS PRIMERAS SESIONES

Quando permanecía entera y fuerte, era la virtud del poder judicial la encargada de suplir las vacilaciones de los demás poderes; pero no suplió nada. Fué el sostén, el recurso de nuestra antigua Francia en sus más terribles crisis. En el siglo XIV, en el XVI permaneció inmutable y firme de tal modo, que en la tempestad, la patria, casi perdida, se reconocía, se encontraba siempre en el santuario inviolable de la justicia civil.

Pues bien, este poder fué destrozado.

Destrozado por su misma inconsecuencia y sus contradicciones. Servil y soberbio á la vez para el rey y contra el papa y contra el papa; defensor de la ley y campeón del privilegio, habla de libertad y resiste durante un siglo todo progreso liberal. También y tanto como el rey defrauda la esperanza del pueblo.

¡Qué alegría, qué entusiasmo cuando al advenimiento de Luis XVI vuelve del destierro el Parlamento! ¡Y para responder á esta confianza, sin duda, se une á los privilegiados, combate toda reforma y hace perseguir á Turgot!—En 1787 el pueblo lo sostiene todavía, y para recompensarle, el Parlamento pide que los Estados generales sean calcados en la vieja forma de 1614; es decir, sean hechos inútiles, impotentes é irrisorios!

No; el pueblo no puede fiarse del poder judicial.

Cosa extraña; es este poder, guardián del orden y las leyes, quien inicia la agitación ensayada en cada asiento del Parlamento. Los consejeros jóvenes, los d'Espremenil, los Duport, inspirados por los recuerdos de la Fronda, no desean más que copiar á Broussel y al coadjutor. La *basoche*, organizada, da un verdadero ejército; tiene su rey, sus juicios, sus prebostes, antiguos estudiantes como Moreau en Rennes, brillantes habladores y duelistas como Barnave en Grenoble. La solemne prohibición hecha á los miembros de la *basoche* de llevar espada no sirve más que para hacerlos más belicosos.

El primer club fué el abierto en su casa de la calle de Chaume, en Marais, por el consejero Duport. Allí reunió á los parlamentarios más avanzados, á los diputados y abogados, á los bretones sobre todo. El club, trasladado á Versalles, se llama el *club bretón*. Llevado á París con la Asamblea y cambiando de carácter, se establece en los Jacobinos.

Mirabeau no fué más que una vez á casa de Duport; llamaba á Duport, Barnave y Lameth el *Trimendicato*. Sieyes fué también y no quiso volver: «Es una política de cueva, decía.» Todavía los designaba más duramente: «Se los puede representar como un grupo de chicos vagabundos siempre en acción, gritando, intrigando, agitándose sin norma, objeto ni medida y riéndose después del mal que han hecho. Se les puede atribuir la mejor parte en los errores de la Revolución. ¡Feliz todavía Francia porque los agentes subalternos de aquellos primeros perturbadores, convertidos en jefes á su vez, por una especie de herencia ordinaria en las revoluciones largas, habían olvidado el espíritu que los agitó durante tan largo tiempo!»

Aquellos subalternos de quienes habla Sieyes que sucedieron á sus jefes, á los que eran muy superiores, fueron sobre todo dos hombres, dos fuerzas revolucionarias: Camilo Desmoulins y Danton. No podemos hablar aquí de aquellos dos hombres, el rey de la sátira y el ardiente orador del Palais-Royal, antes de serlo de la Convención. Quieren seguirnos y no nos dejarán. La comedia, la tragedia de la Revolución, ó están en ellos ó no están en nadie.

Dejaron á sus maestros hacer los Jacobinos y fundaron los *Cordeliers*. Por el momento todo está mezclado; el gran club de cien clubs, entre el café, los juegos y las jóvenes, era todavía el Palais-Royal. Allí gritó Desmoulins el 12 de Julio: ¡A las armas! Allí se hicieron en la noche del 13 al 14 los enjuiciamientos de Flesselles y de Launay. Los juicios del conde de Artois, de los Condé y de los Polignac, fueron enviados desde allí á los mismos interesados, produciendo el admirable efecto, que no hubiera podido esperarse de muchas batallas, de hacerles huir de Francia. De allí nació una predilección funesta por los procedimientos de terror. Desmoulins, en un discurso que hace pronunciar á la *Farola* de la Grève, le hace decir: «Que los extranjeros permanezcan en éxtasis delante de ella; que admiren que una farola haya hecho más en dos días que todos sus héroes en cien años (1).»

Desmoulins renueva con elocuencia avasalladora la vieja crueldad que llena toda la Edad Media con el potro, la cuerda y los péndulos, etc. Este suplicio cruel, odioso, atroz, que hace la agonía risible, era el texto ordinario de sus cuentos más alegres, el divertimento del populacho, la inspiración de la *basoche*. Esta encuentra todo su espíritu en Camilo Desmoulins. El joven abogado picardo, muy ligero de dinero, más ligero de carácter, luchaba sin fruto cuando la Revolución le abrió camino rápidamente, llevándole á perorar al Palais-Royal. Tenía la ventaja de ser de grande ingenio. Las frases salían de sus labios como dardos. Inspirándose sólo en su espíritu cómico, satirizaba sin cuidarse del fin de la tragedia. Los famosos enjuiciamientos de la *basoche*, sus farsas judiciales que tanto habían hecho reír en el antiguo palacio, no eran más alegres que los juicios del Palais-Royal (2); la diferencia es que éstos se ejecutaban siempre en la Grève. ¡Hecho extraño que hace pensar! Desmoulins, niño vagabundo y mal criado que demostraba su genio en frases mortales y aquel toro de Danton que rugía pidiendo sangre, perecieron pasados cuatro años por haber intentado crear el *comité de la clemencia!*

Mirabeau, Duport, los Lameth y otros más moderados aún, aprobaban las violencias; muchos de ellos afirmaron haberlas aconsejado. Sieyes en 1788 pide la muerte de los ministros. Mirabeau el 14 de Julio grita: «¡La cabeza de Broglie!» Hospedaba en su casa á Desmoulins. Voluntariamente marchaba entre Desmoulins y Danton; cansado de sus ginebrinos, gustaba más de la intimidad de aquéllos, haciendo escribir al uno y hablar al otro.

Un hombre muy moderado, muy sabio, un espíritu muy frío, Tar-

(1) Camilo Desmoulins, tan festivo y ligero, tomó parte á su manera en la toma de la Bastilla: «Marchaba yo con la espada desnuda, etc.» (*Correspondencia*, pág. 28, 1836). Tomó un hermoso fusil en los Inválidos con una bayoneta y dos pistolas; ¡no pudo servirse de estas armas porque desgraciadamente la Bastilla fué tomada tan pronto!... Corre, pero llega demasiado tarde. Muchos quieren hasta decir que es él quien ha hecho la Revolución, pero él es demasiado modesto para creerlo. (Pág. 33.)

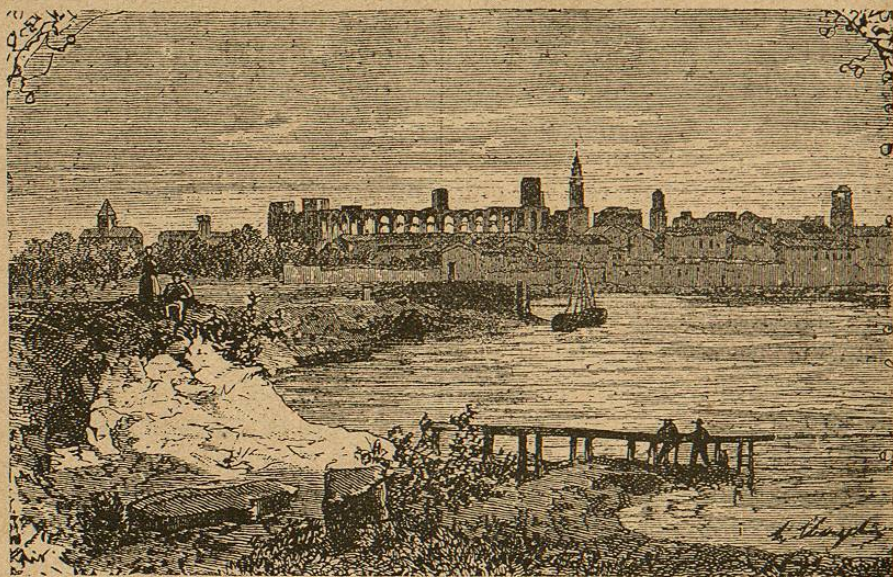
(2) Véase el enjuiciamiento de Duval d'Espremesnil, contado por Camilo Desmoulins en sus cartas.

get, estaba íntimamente unido á Desmoulins y aprobaba el libelo de la *Lanterne*.

Esto merece explicación:

Nadie creía en la justicia, si no era la del pueblo.

Los juristas, especialmente, despreciaban la ley, el derecho de entonces, en contradicción con todas las ideas del siglo. Conocían los tribunales y sabían que la Revolución no tenía adversarios más apasionados que el Parlamento, el Chatelet y los jueces en general.



CAEN

Cada juez era un enemigo.

Entregar el juicio del enemigo al enemigo, encargarle de decidir entre la Revolución y los contrarrevolucionarios, era absolver á éstos, hacerlos más soberbios y más fuertes, era incitar á los ejércitos á comenzar la guerra civil. ¿Podían? Sí. A pesar de la victoria de París y de la toma de la Bastilla. Tenían tropas extranjeras y contaban con toda la oficialidad; tenían, sobre todo, un cuerpo formidable, que constituía entonces la gloria militar de Francia; la oficialidad de Marina.

Sólo el pueblo en aquella crisis rápida podía apoderarse y castigar á culpables tan poderosos. «Pero, ¿y si el pueblo se equivoca?...» La objeción no detenía á los partidarios de la violencia, que respondían con la siguiente recriminación: «¿Cuántas veces no se han equivocado el Parlamento y el Châtelet (1)! Y citaban las famosas persecuciones de

(3) CHATELET. Nombre dado á dos fortalezas de París; el *grande* y el *pequeño* Chatelet. El *grande*, demolido en 1802, estaba situado en la ribera derecha del Sena. Servía de residencia á la jurisdicción (en este concepto, lo cita Michelet) al vizcondado y al prebostazgo de París. El *pequeño*, situado en la ribera izquierda, servía de prisión. (Nota del traductor).

Donde es  
TABAN SI  
Fuerdos los  
CHATELET

Calas y de los Sirven ó recordaban la terrible memoria de Dupaty sobre tres hombres condenados al tormento de la rueda; memoria quemada por el Parlamento, que no pudo contestarla.

¿Qué juicios populares—agregaban—serán más bárbaros que los procedimientos de los tribunales regulares tal como eran empleados todavía en 1789?... Procedimientos secretos, incoados sobre documentos que el procesado no veía; los escritos no comunicados, los testigos no confrontados ni comprobados, todo misterioso, excepto el momento en que el acusado sale de la noche de su calabozo, y deslumbrado por la

Este es un  
hoy 1907  
et procedi-  
miento en  
las políti-  
cas personalistas  
de los tiranos  
de América la  
Una

## LAS MODAS DE LA REVOLUCIÓN



Tocados de soiree y de calle. (Miniaturas de la época)

luz del día, comparece en la sala, responde ó no responde y ve á sus jueces dos minutos para escuchar su condena (1)... Procedimientos bárbaros, juicios más bárbaros todavía. No se atreve uno á recordar á Damiens descoyuntado entre cuatro caballos, atenzado, bañado en plomo derretido... Poco antes de la Revolución se quema á un hombre en Strasburgo. El 11 de Agosto de 1789 el Parlamento de París condena á otro á espirar sobre la rueda. Tales suplicios, que lo eran aun para los espectadores, sublevan los espíritus, los enloquecen y aterrorizan, destrozando toda idea de justicia. El culpable que sufría tanto no parecía culpable; el culpable era el juez que condenaba, y montañas de maldiciones se alzaban contra él... La sensibilidad se exaltaba hasta el furor; la piedad trocábase en ira y ferocidad. La historia ofrece muchos ejemplos de esta sensibilidad furiosa que pone al pueblo fuera de todo respeto, de todo temor y le arrastra hasta apoderarse de los oficiales de la justicia y atormentarlos en la rueda y quemarlos, sustituyendo al criminal liber-

Hay un hecho poco estudiado, que hace comprender bien los suce-

(1) Pasaje verdaderamente elocuente de Dupaty. Memoria sobre tres hombres condenados al tormento de la rueda. Pág. 117. (1786 en 4.º)